

## **Pequeño elogio de lo inasible**

Por Gabriel D'Iorio\*

1. Hay ocasiones en las que tengo la impresión de estar tomado por una lengua dominante, una lengua que me habla y nos habla, por la cual soy hablado y somos hablados. Una lengua que afirma, no sin razones y evidencias, que estamos parados en el umbral de un inmenso cambio sociohistórico, en el corazón de una grieta cuyos efectos simbólicos no cesan de interpelar a nuestro ya perplejo sentido común. Casi sin balbucear, esta lengua sostiene que estamos dejando atrás los rasgos más sólidos de la modernidad para asumir de una vez aquello que estaba, acechante, en su origen: la incertidumbre líquida del devenir caótico y fluctuante del capital, del "estado de naturaleza" mercantil. Su persuasiva retórica adquiere entonaciones quizás más precisas al aseverar que estamos pasando de una sociedad de productores a otra de consumidores, de un capitalismo industrial, de "largo plazo", rígido, material, fordista, a un capitalismo financiero, de servicios a "corto plazo", flexible, inmaterial, postfordista.<sup>1</sup>

Pero además, esta lengua declara, sonoramente, que estas transformaciones traen aparejadas otras de no menores consecuencias para las instituciones en general y para la escolar en particular, que aquello que hemos denominado hasta hace algún tiempo "sociedad disciplinaria" ha quedado atrás para dar lugar a un nuevo monstruo cuyo nombre es "sociedad de control"; que, en definitiva, hemos abandonado las formas bienestaristas de Estado por modalidades puramente gestoras de éste, más preocupadas por refinar sus tecnologías biopolíticas de gobierno que por tramitar colectivamente los conflictos sociales. La lengua del cambio contemporáneo resulta entonces, profusa, omniabarcante: describe un pasaje que, cuando no lo presenta como cortante y definitivo, no hace más que narrarlo como un proceso que lleva décadas afectando a velocidades infinitas nuestros modos de existencia.<sup>2</sup>

Indudablemente, hay más de un mérito en estos relatos que han señalado con cierta exactitud algunas transformaciones fundamentales de nuestra época. Hay, además de las ya indicadas, cierta lucidez en las descripciones que remiten a los cambios en las subjetividades otrora modernas, ya por la emergencia de las nuevas tecnologías de comunicación, ya por la puesta en cuestión de unas voluntades prometeicas que creían poder todo lo que decían querer, voluntades que han conocido los límites de sus grandezas y la vastedad de sus horrores durante el corto siglo XX; voluntades, en fin, que han visto cómo esas fuerzas por ellas mismas desatadas erosionaron las potestades que suponían tener.

No está mal sostener entonces, como lo hace esta lengua, que una de las consecuencias de la erosión de esas potestades se observa en el hecho de haber perdido la ilusión de una libertad sin límites en virtud del dominio impersonal de la tecnociencia y la economía; o decir, mejor, que vivimos atribulados la era de la "corrosión del carácter" cual si fuéramos sujetos melancólicos que no podemos elaborar en forma individual o colectiva la pérdida de un pasado que se presume dorado; que no podemos, en suma, tramitar las relaciones interpersonales más que bajo la sensación de estar sumergidos en un espacio-tiempo irregular y desquiciado, quebrado en sus arquitecturas, roto en sus

2. Ahora bien, sospecho que esta lengua genérica del cambio, más allá de sus méritos, se revela insuficiente para pensar algunos rasgos decisivos de nuestras realidades. Se trata de una sospecha macerada en la experiencia de una conversación continua con otros docentes, estudiantes y compañeros de trabajo, una experiencia que me indica que toda repetición automática de esta lengua dominante, toda lectura carente de mediaciones, no hace más que profundizar el gesto de una indolencia fútil que buscar eludir, cínicamente, toda interpelación severa sobre los problemas que enfrentamos en nuestra tarea diaria de educar.

Sospecho, sobre todo, de esas lecturas que no cesan de reforzar, en uno de sus extremos, las valoraciones puramente decadentistas de lo recientemente acontecido, y en el otro, que no es más que su fiel reverso, de celebrar la novedad y fetichizar los cambios. Más aún, tiendo a pensar que es una consecuencia de la actitud irreflexiva de ambas perspectivas que en más de una ocasión coincidan tanto en el diagnóstico de los males a superar -que se concentran en un presente que se declara siempre en crisis- como en el tono moralizante con el que propugnan sus diversas soluciones: en el primer caso, restaurar el mítico y dorado pasado ante un presente-futuro que se reconoce como amenaza y degradación, y en el segundo, olvidar un pasado-presente que se percibe como una pesada carga para moverse bajo las perentorias exigencias de lo fluido.<sup>4</sup>

Pero hay, además, otros motivos para sospechar de estos enunciados demasiado genéricos y sus lecturas más extremas, y se trata, como anticipaba hace unas líneas, de las dificultades que suelen mostrar para asir las contradicciones y paradojas que emergen de un territorio tan extenso como el argentino, con diferencias culturales, políticas y económicas tan ostensiblemente marcadas, diferencias que presentan en la escuela sus expresiones más crispadas, pero también su más hospitalario lugar de reunión.

En este sentido, quizás sea preciso no tanto repetir lo ya sabido, como formular nuevas preguntas que nos permitan construir algunos problemas comunes para pensar bajo su abrigo simbólico las marcas, huellas y formas que van tomando los grandes cambios en esas singularidades múltiples que resultan ser las escuelas de nuestro país; preguntas que quizás nos sirvan para hacernos cargo de aquellos problemas que la lengua genérica no necesita siquiera expresar para reproducirse exitosamente entre nosotros.

3. Propongo entonces solo algunos interrogantes que no son más que el fruto, algo inmaduro todavía, de las conversaciones a las que hacía mención anteriormente: En primer término, ¿cómo pensar las transformaciones y adaptaciones subjetivas que plantea y exige el nuevo mundo del trabajo en el marco de una economía que en lugar de estar estructurada alrededor del sector industrial, hace de los servicios, el consumo y los desarrollos informáticos su centro de gravitación?, ¿cómo hacerlo, pues, desde la perspectiva de aquellos que, si no han desconocido los rigores disciplinarios de los grandes centros fabriles, han sido afectados de modos tan distintos por dichas transformaciones, sobre todo en comparación con los conglomerados urbanos?, y al mismo tiempo, ¿cómo llevar a fondo una reflexión sobre los efectos comunitarios y

educativos que produce el extendido vínculo entre trabajo asalariado y aparato estatal, tal como se ha dado en tantas de nuestras provincias y municipios en virtud de la destrucción de las economías regionales, sin moralizar o evaluar dicha realidad como una simple disfunción respecto del ideal fordista y bienestarista no realizado?

En segundo lugar, ¿cómo abordar conceptualmente el gigantesco problema que implica la gestión de las distancias en la Argentina actual, problema agravado por el desmantelamiento del trazado ferroviario, el aislamiento de pueblos y comunidades, la privatización de rutas y servicios públicos, y la concentración de grandes extensiones de tierras en pocas manos, si nos refugiamos solo en enunciados forjados bajo imperativos que remiten a cuestiones suscitadas casi exclusivamente por la inmediatez que propone la vida metropolitana?

Y aún más, ¿cómo pensar los efectos de la supuesta destitución de nuestro Estado-Nación desde las obstinadas prácticas de maestros y maestras, profesores y profesoras que cotidianamente transmiten a los nuevos, saberes, oficios, artes, tradiciones y hábitos a partir de los cuales buscan reconocer, mirar y producir algo del orden de lo común?, ¿cómo hacerlo, pues, si se nos sigue advirtiendo sobre los peligros todavía presentes de la institución disciplinaria o si solo se habla de su crisis cuando el problema actual quizás no remita ya al molde o a su crisis sino, más bien, a las evidentes dificultades que tenemos para establecer orientaciones colectivas más nítidas en un tiempo que se declara, sin más, "ilegible"? En este sentido, ¿es posible pensar siquiera el destino de una política igualitaria, sin tomar en serio a las nuevas pero no siempre visibles configuraciones subjetivas que intentan armar tramas entre nosotros a pesar del anuncio repetido de la muerte de todo sujeto, a pesar del escepticismo propalado por las lógicas sistémicas?

Desde luego, no hay respuestas rápidas para estas preguntas algo incómodas, y menos aún, políticas ni sentidos efectivos que les correspondan punto por punto. Hay, empero, en cada una de ellas, rasgos que me permiten formular otros interrogantes que no pueden más que sobrellevar la entonación de un desafío porvenir. En efecto, en lugar de lamentar decadencias o celebrar novedades, ¿no sería más relevante pensar bajo qué perspectivas y desde qué lugares algunas de las transformaciones presentes pueden ser de utilidad para hacer de nuestras escuelas espacios de afecciones cognitivas cooperativamente compartidas?, o mejor aún, en lugar de restituir el pasado o fetichizar los cambios, ¿no necesitamos pensar en común aquello que no es evidente y que pasa entre nosotros como el inasible pero real sentido de nuestras prácticas? 5

Quizás, solo quizás, a partir de otro pensamiento del nosotros macerado en la intemperie práctica de estas y otras preguntas, nos animemos a forjar nuevas permanencias, raras duraciones de lo que consideramos mejor para nuestra vida en común. Quizás entonces, pero solo quizás, nos permitamos algún día olvidar esa lengua genérica del cambio que hoy nos atormenta con su repetida y en ocasiones tan abstracta futilidad. Pues, es preciso decirlo una vez más, no hay acto educativo que se sostenga sin unas mínimas confianzas en las potencias inasibles de lo que pasa entre nosotros, sin un cierto amor a las permanencias compartidas.

\* Licenciado en Filosofía de la UBA. Trabaja como docente en temas vinculados a la ética y discute sistemáticamente con grupos docentes de distintos lugares del país, en torno a los problemas de la sociedad y cultura contemporáneas.

1 Ver Bauman Z., *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2002. Para un tratamiento in extenso del concepto de postfordismo también es preciso remitirse a Bauman Z., *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 2000; pero sobre todo a Gorz A., *Miserias del presente, riquezas de lo posible*, Buenos Aires, Paidós, 2003; y Virno P., *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, Colihue, 2002. Para una perspectiva crítica de estas lecturas, ver Castel R., *La inseguridad social ¿Qué significa estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

2 Se puede consultar no solo Foucault M., *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989; sino, sobre todo, Foucault M., *Seguridad, territorio y población*, Buenos Aires, FCE, 2006. La idea de sociedad de control remite al ya célebre texto de Deleuze G., "Poscriptum sobre las sociedades de control" en: *Conversaciones 1972-1990*, Valencia, Pretextos, 1999.

3 Ver Sennett R., *La corrosión del carácter*, Buenos Aires, Anagrama, 2001.

4 Para una caracterización de la "edad de oro" y una lectura historiográfica sobre la ruptura de las relaciones entre pasado y presente ver Hobsbawm E., *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2003.

5 Ver Spinoza B., *Ética*, Madrid, Alianza, 1998, Tercera parte. Definiciones.